

Día 18. Crucifixión y Lanzada

ORACIÓN:

Padre lleno de bondad, que en comunión plena con el Espíritu Santo me entregas diariamente el misterio más grande mostrándome el Corazón de tu Hijo Jesús traspasado; que yo sepa valorar ese trueque de amor que me propones desde la cruz, y que por medio de tu gracia obtenga el valor de entregarme a ti en plenitud.

MEDITACIÓN:

Llegamos hoy a lo que podría considerarse el “núcleo” de nuestro camino hacia la consagración al Corazón de Jesús. La promesa que nos transmite el profeta y que nos llena de esperanza: «Os daré un corazón nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne»¹, se convierte en una realidad posible en el momento en que Cristo nos entrega el suyo al dejar que su costado sea abierto en la cruz.

Escuchemos en el Evangelio el testimonio del discípulo que lo vio:

Tomaron a Jesús, y, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron». (Jn 19, 16-24 y 31-37)

A ese Cristo cruelmente crucificado, al que nos hemos acostumbrado a ver así, en cruz y muerto, le han matado nuestros pecados. Cada uno podemos decir: «Es por mí, ¡es por mí!».

Nos dice el Catecismo que Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, «los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Mirándole entendemos qué lejos le ha llevado este «extremo». Dios no podía hacer más para manifestarnos su amor infinito, pero ahora nos corresponde a nosotros el entrar en este misterio y tomar el lugar que se nos ha reservado en él.

Nos sigue enseñando el Catecismo que Jesucristo, al haberse unido en cierto modo a todo hombre, «ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, [...] se asocien a este misterio pascual (GS 22, 5)».

Dios desea que nos asociemos a este Misterio Pascual, y para eso nos abre una puerta y nos invita a entrar: ¡esta puerta es la apertura de su costado! Necesitó una lanza para poder abrirnos el paso rasgando el velo de su carne. Así lo dice expresamente san Agustín. Después de referir cómo el evangelista afirma que un soldado abrió el pecho de Jesús crucificado, añade: «Para que allí quedase en cierta manera abierta la puerta de la vida». «Esto lo anunciaba de antemano el mandato que recibió Noé de hacer, en el costado del Arca, la puerta por donde entrasen los animales que no habían de perecer en el diluvio, en los cuales se prefiguraba la Iglesia».

El costado abierto de Cristo es para nosotros como un arca en el que cobijarnos del diluvio. ¿Quién podría sobrevivir sin un refugio? Todos necesitamos un hogar seguro: el nuestro, al

¹ Ez 36, 26

consagrarnos al Corazón de Jesús, es precisamente este. Como *las palomas anidan en los huecos de las rocas, como los gorriones ponen su casa en las grietas de la peña, nosotros podemos escondernos en esta apertura sagrada*².

Nos dice el Papa Francisco en la encíclica *Dilexit nos*:

En el Corazón traspasado de Cristo se concentran escritas en carne todas las expresiones de amor de las Escrituras. No es un amor que simplemente se declara, sino que su costado abierto es manantial de vida para los amados, es aquella fuente que sacia la sed de su pueblo. Como enseñaba san Juan Pablo II, los «elementos esenciales de esta devoción pertenecen, de manera permanente, a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda su historia; pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada al Corazón de Cristo traspasado en la cruz».³

Al pie de la cruz, dirigiendo la mirada al corazón traspasado, podemos “*leer*” todas esas expresiones de amor de las que nos habla el Papa y entonces entendemos que somos amados, que tenemos una patria a la que pertenecemos, porque hemos nacido de ese costado traspasado de la misma manera que Eva salió del costado de Adán; descubrimos que tenemos un hogar al que regresar cuando nos alejamos como hijos pródigos, porque la puerta ha quedado abierta y, aunque lleguemos hechos un desastre, siempre habrá un manantial brotando de esa herida para limpiarnos y regenerarnos; mirando al que traspasaron aprendemos que valemos la sangre de Cristo. Si esto queda grabado en nuestro corazón, cambiará nuestra vida.

PROPÓSITO:

Jesús, que aprenda a vivir todo desde tu corazón traspasado, leyendo desde ahí cada acontecimiento del día y buscando en él mi descanso.

JACULATORIA:

Corazón de Jesús, déjame mirarte y no dejes de mirarme; que te vea Jesús, traspasado por amor hacia mí.

² San Buenaventura, *El árbol de la vida* (Opúsculo 3, 29-30.47: Opera omnia 8, 79)

³ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 101